

fallecimiento, nada de indolencia, nada de espera: ¡manos á la obra!

Se despojó de su blusa rápidamente, y, en frente de un espejito de quince sueldos, se vistió de punta en blanco: pantalon de casimir negro, chaleco blanco, camisa de fina batista bordada, frac en cuyo costado izquierdo brillaban varias condecoraciones, nada falta; luego, ensordeciendo su paso, entreabre la puerta de la escalera y se dispone á hablarla.

Su trasformacion es completa. No es ya José, es el rico M. José de la Cruz.

Pero en la meseta se detiene y escucha.

Al otro lado del tabique de los Chinela, se oye un murmullo confuso, una especie de melopea extraña y doliente.

Y el bello rostro grave de José se pone súbitamente triste, y murmura:

— Pobre Pippione, ya iba á olvidarme de ella, ahora que ya no tiene á su lado á Ursula.

Volvió á entrar vivamente en su cuarto, encendió de nuevo la bugía y dió dos golpes discretos en la puerta de Chinela.

Nadie respondió.

Entonces abrió de par en par la puerta, que no estaba cerrada sino con picaporte, y hé aquí lo que vió:

Las sillas todas caídas por el suelo, la lámpara hecha pedazos en un rincón, la cama deshecha.

José sintió resbalar su bota en el pavimento. Miró: era sangre.

Sangre por todas partes, en el respaldo de las sillas, en las paredes, en las sábanas; en medio del cuarto, la servilleta que había servido para la cena de Ursula, había sido arrojada como un trapo viejo, y también estaba llena de sangre.

La cama estaba vacía, y en el rincón mas oscuro del cuarto, oculta, acurrucada detrás de las mamparas del teatrillo de Polichinela, José divisó á Pippione.

Mirábale con ojos atónitos y huraños, y, al oírle entrar, había interrumpido esa canción singular que se parecía á un lamento.

Tenia entre sus brazos un objeto confuso envuelto en un pedazo de cobertor, y lo mecía como lo hubiese hecho con un niño ó una muñeca.

José dió dos pasos hácia ella. Por de pronto, reculó; pero sin duda fué seducida por la mirada compasiva del recién venido, pues casi en seguida, con una de sus manos separó de su cara sus largos cabellos desmelenados para mirarle mejor y sonreírle.

— Vamos, mi querida Pippione, le dijo con su voz mas cariñosa y apacible, es menester que seáis juiciosa y que volváis á meteros en la cama.

La chiquita no respondió, solamente sí se mostró aun mas asombrada al oír pronunciar su nombre.

— ¿Qué teneis ahí? continuó José dando un paso mas hácia ella y alargando su mano para tomar el paquete que estrechaba contra su pecho.

Estrechándolo aun mas fuertemente, se puso á derramar lágrimas, y le contestó:

— Es Mistigris, mi pobre Mistigris.

Parecia haber olvidado la presencia de José, pues volviendo á continuar esa lenta melopea que él habia oído á través de la puerta, mecía al animal, cuya cabeza destrozada y patas sangrientas pendían lamentablemente.

— ¡Duerme, Mistigris, mi pobre Mistigris, duerme!

Y de nuevo comenzó á sollozar.

— Me lo ha matado, señor, el malvado me lo ha muerto. Se ha llevado á Ursula y ha matado á Mistigris. — ¡Oh! un día ú otro me matará también á mí, bien seguro.

José se puso á reflexionar como si tratase de tomar una resolución repentina.

— No, Pippione, le dijo, no os matará si quereis venir conmigo.

— ¿Con vos? preguntó fijando sus grandes ojos claros en el franco y generoso rostro de José, y ¿á dónde me conduciréis?

— Al lado de una persona que os ama sin conoceros, replicó José; al lado de una persona que ama también á vuestra buena amiga Ursula, y á quien Ursula venera.

— ¿Y yo veré á Ursula? preguntó la pobre niña con desconfianza.

José inclinó suavemente la cabeza.

La Pippione se habia puesto de pié, pero miró á su gato que yacía sobre el pavimento.

— ¿Y Mistigris? dijo con tristeza.

José no pudo menos de sonreírse en medio de la lástima que le inspiraba este espectáculo desgarrador.

— También llevaremos á Mistigris, si quereis, dijo.

— ¡Oh! entonces, exclamó la chiquita saltando en medio del cuarto y golpeando el suelo con sus piés desnudos, en seguida, si lo teneis á bien, señor.

— Pero así, no, dijo José. Es menester que os vistais.

Entonces, por primera vez, notó que estaba casi desnuda. Dirigió una larga mirada á José, una verdadera mirada de mujer, y ocultó entre sus manos su cara encendida como una grana.

— ¡Vamos, vestíos pronto! dijo José, que no vió ó no comprendió esa mirada.

— Sí, señor, dijo tímidamente la Pippione descolgando sus miserables sayas de italiana.

— Y, continuó José, á quien la turbacion de la niña comenzaba á turbarle á él también para que sintiera la necesidad de hablar para no decir nada... ¿y no tendreis miedo de mí, Pippione?...

— ¡Oh! no, exclamó con un estremecimiento que sacudió su cuerpo como un viento de borrasca; jamás he visto rostro tan bello como el vuestro, jamás me han hablado como vos me habláis... Vos sois bueno y yo os amo.

## VIII

## LO QUE PASABA EN EL COCHE DE ALQUILER.

El coche rodaba. Tiempo hacia que ya no se columpiaba bruscamente en los empedrados de las calles interiores, y á través de los cristales del coche, Jacquemin podía divisar á la izquierda la larga línea negra de los muelles; á la derecha, las altas cimas de los árboles perflándose mas oscuras á través de los tintes pardos de la niebla.

¡Ningun ruido! de tiempo en tiempo el paso sonoro de un transeunte en las losas de la acera, y el rodar del coche sobre la tierra empapada, era todo lo que se oía.

El coche rodaba, rodaba. Con la cabeza pesada como en un sueño, intentando en balde coordinar sus ideas confusas, Luis estrechaba contra su pecho aquel cuerpo castamente envuelto, cuyo calor sentía escapar.

¿Si acaso se iba á morir? se decía; ¿si, para estar mas seguro de su sueño, se habria exagerado la dosis de narcótico? ¿si mañana, cuando despunte el alba, no fuese á encontrar mas que un cadáver á su lado?

Entonces, preocupado con esta horrorosa idea, rápidamente separaba los velos, los mantos, los pañuelos de seda, y aproximaba su mejilla ardiente á los labios de Ursula; y sintiendo en su rostro ardiendo pasar el sople fresco de la jóven, experimentaba al mismo tiempo cierta tranquilidad y sosiego, un no sé qué indefinible que le penetraba hasta el corazón.

No la habia visto. La luz amortiguada del reverbero, cuando la habia echado, como una masa inerte, en el fondo del coche, apenas le habia permitido distinguir una parte de su frente pura, y un rizo sedoso y luciente de sus cabellos. Sin embargo, él adivinaba que era hermosa, divinamente bella, y las palabras proféticas de José le volvian á la mente. ¿Quién sabe? esta noche quizás te devolverá á Celina. — ¡Celina! ¿era pues esta esa Celina prometida? y su brazo estrechaba convulsivamente contra su corazón el cuerpo helto que cedia.

¡Celina! — ¡oh! ¡cuántas veces habia soñado que la tenia así, estrechamente abrazada, adormecida y risueña! ¡Cuántas veces en esos ensueños benditos habia él permanecido acurrucado, inmóvil, sin respiro, temiendo despertarla ó hacer desvanecerse la ilusion.

Todavía hoy parecia que soñaba, y que era Celina, la misma Celina, por fin conquistada y enteramente suya; que la llevaba á un punto recóndito del mundo, donde nadie pudiera ir ya á arrebatársela.

El coche rodaba siempre. Ahora iba al paso y subía las colinas de Passy; luego giró á la izquierda y se metió en el bosque de Bolonia.

Ursula hizo un movimiento en su sueño y dió un largo suspiro; el instante del despertar se aproximaba.

Este movimiento y este suspiro hicieron que Luis Jacquemin apreciara mejor su situacion.

— ¿Qué voy yo á decirle, pensó, cuando se despierte y me interrogue?

El coche habia atravesado el puente de Saint-Cloud, y escalando las ásperas pendientes de la antigua villa, ganaba la cresta del cerro abrupto que contornea en este sitio el Sena, ese cerro frondoso y florido que se enorgullece á su vez de estos villorrios encantadores: Bellevue, Louveciennes y Meudon.

El coche daba sobresaltos bruscos, al marchar por entre las alamedas muy descuidadas de un bosquecillo, y en cada uno de estos brincos, la cabeza rizada de Ursula venia á apoyarse suavemente sobre los hombros temblorosos de Jacquemin.

Y los rizos deshechos rozaban el cuello húmedo del jóven con tal dulzura, que podia tomarse este roce por una caricia voluntaria.

Cada vez mas frecuentes y presurosos, los suspiros levantaban el seno de Ursula y entreabrian sus labios sonrosados. Evidentemente, la hora del despertar no estaba lejána.

El dia nacia; penetraba pálido y empañado, hasta en el interior del coche, dejando ver por acá una parte de la mejilla blanca, por allá un rizo de ébano, un poco mas abajo, una mano delicada y fina que estrechaba convulsivamente la punta de una capa. Jacquemin tenia muchos deseos de ver, pero no se atrevia.

No osaba descubrir el rostro, apartar la capa, violar el secreto de los velos.

Desprendió suavemente su brazo que rodeaba el talle de la jóven, y colocándola en un rincón del coche, se puso él en el rincón mas lejano para mirarla dormir.

Su sueño se hacia cada vez mas agitado y se poblaba de ensueños. Pronunció varios nombres: el de la Pippione, el de Cipriana, y, pero mas bajo, el de José, y sin embargo, la respiracion activa de su seno hacia palpitar vivamente los chales que la envolvian.

¡José!... ¿Por qué José ocupaba un lugar en su ensueño? ¿Había mentido pues José á Jacquemin? ¿Es que ella amaba á José? ¿Es que era José quien debia aprovecharse de este rapto?

Todas estas ideas cruzaron como un torbellino el cerebro de Luis. Todas estas cuestiones se plantearon al mismo tiempo en su mente. Todos los impulsos malos, violentos ó pervertidos de su naturaleza se despertaron á la par. Los celos retorcian su corazón, mordían sus entrañas y trastornaban su sangre. Durante un segundo, hubiera querido tener á José allí, en el rincón del coche, para ahogarle y vengarse.

Para vengarse, sí, pues la ilusion, la alucinacion (llamada como queráis á este fenómeno singular) le dominaba cada vez mas. La forma oscura, recostada en la banqueta, rozando sus rodillas con sus piés, embriagándole con el suave

y fragante olor de su cuerpo de joven, no podía ser otra que Celina.

No la Celina maldita y perversa que le había perdido, sino la Celina de otro tiempo, risueña y alegre, casta y pura, la Celina tan esbelta y tan linda, con su vestidito de lana, tan sencillamente coqueta bajo su bellísima gorra de flores.

Y, dominado por esta ilusión, no pudiendo resistir ya más, arrancó todo, el chal y los pañuelos de seda, el coberter y el velo, y Ursula se le apareció dormida, con la sonrisa en los labios, el seno palpitante, y haciendo batir sobre sus ojos velados las alas sedosas de sus pestañas.

El efecto del narcótico estaba próximo á su fin, había desaparecido la palidez livida. Un ligero matiz rosado había invadido las mejillas y el cuello. Los labios entreabiertos dejaban ver tras de su coral húmedo el brillo esplendente de los dientes, á través de los cuales pasaba embalsamado y apacible como el de un niño, el hálito suave de su sueño.

Y Jacquemin extasiado unió las manos y exclamó:

— ¡Celina! ¡Sí! ¡ciertamente es Celina!

El coche se detuvo. Había atravesado una verja pintada de verde que, detrás de él, se había vuelto á cerrar. El cochero saltó de su asiento y vino á abrir la portezuela del coche. Jacquemin reconoció entonces en él á nuestro amigo Clemente.

— ¡Vamos, vamos, pronto! dijo este. Pásame la niña. Las drogas del doctor sin duda hacen dormir muy bien; pero una buena cama suave y blanda descansa más. Además, no tenemos tiempo que perder; es menester que dentro de una hora estemos en París.

Jacquemin obedeció sin chistar. No vivía ya, ni pensaba tampoco. ¡Cómo! durante toda una noche había tenido su sueño, su sueño de amor en sus brazos, y ahora iba á perderlo, á dárselo á otro.

Porque ya no lo dudaba, José amaba á Ursula. Si no la amaba, ¿por qué todo ese interés que le parecía la mostraba? ¿por qué ese misterio? ¿por qué ese rapto?

Por otra parte, así es cómo raciocinan todos los enamorados. Ursula no podía ser vista sin ser amada; luego José amaba á Ursula.

Y si esta idea fija no se hubiera apoderado de antemano de la convicción de Jacquemin, lo que estaba destinado á ver en esta madrugada debía evidentemente hacerla nacer.

La puerta de la casa, un encantador chalet exteriormente guarnecido de enredaderas y parrales vírgenes, se había abierto, y una linda mujer joven, muy envuelta en un chal de abrigo, se adelantaba velozmente hacia el coche.

— ¿Y bien? ¿y bien? preguntó según venía corriendo, sin gran cuidado de dejar mojar sus lindos pies en los céspedes que chorreaban rocío.

— ¡Y bien! gritó gozosamente Clemente, héla aquí. Hé aquí á nuestra princesa arrebatada de las garras de esos malvados truchimanes. Por ahora, la princesa solo tiene necesidad de una cama bien calentada.

— Todo está pronto. ¡Pobre chiquita! ¡ha debido tener mucho frío!

Y la linda madama Rozel, pues era ella misma, se inclinó sobre la frente de Ursula y la besó.

— ¡Ay de mí! ¡ay de mí! pensaba Luis Jacquemin, ¡es á su hermana á quien se la confía! ¡es prueba de que la ama!

— ¡Mejor que mejor! se decía ahora, tú no la has merecido, tú; tú no has merecido semejante felicidad. José tiene un gran corazón, es digno de ella, y ella lo sabe bien, puesto que soñaba con él.

Pero una resolución nueva y mejor se apoderaba de él.

Y con la frente inclinada, dominando su amarga tristeza, llevó á Ursula hasta la casa.

Cinco minutos después, volvía á salir en compañía de Clemente, que se sonreía al verle tan triste.

— Vamos, mozo, ¿en qué piensas?

— Pienso, respondió Jacquemin, que hay personas que tienen la suerte de haber sido siempre animosas y honradas.

— ¡Ah! ¡bah! exclamó Clemente. Dios es bueno. El arrepentimiento y pesar de las faltas, la buena voluntad de obrar mejor, hé ahí la llave del Paraíso... Y repitió mirando de soslayo á la casita: — Piensa bien en esto, Jacquemin, allí está la llave de todos los Paraísos.

Y volviendo á encaramarse en el pescante, el buen Clemente cantó:

En la casa mujer buena,  
Con tez de rosa y tez de lirio,  
Buena conciencia en el alma,  
En su hogar un fuego limpio.  
El que en la tierra tal tenga  
Vivirá en el Paraíso.

## IX

## LAS INVESTIGACIONES DE M. GIGANT.

Al siguiente día del en que ocurrieron los acontecimientos relatados en los capítulos precedentes, había gran consejo en el gabinete de la dirección de la calle del arrabal Montmartre.

Los tres jefes de la asociación, M. Gigant, Toinon y el coronel Fritz, estaban reunidos allí.

El coronel Fritz tenía que comunicar á sus asociados noticias importantes, pero nada halagüeñas: la de la desaparición de madama de Puysaie, y por consiguiente el rompimiento del casamiento de Cipriana;

Toinon tenía que dar cuenta del resultado de su misión en casa de la Pippione;

M. Gigant dió razón del rapto de Ursula.

Este rapto, que había juzgado de utilidad secundaria, ad-



La cólera de madama Gosse.

quiria grande importancia después de la fuga imprevista de madama de Puysaie.

Era ya absolutamente necesario el mantener á Loredano en su primitiva resolución hasta que su mujer fuese hallada de nuevo, y para conseguir este objeto, era menester, á todo trance, el concurso de Nini Moustache.

Este concurso estaba asegurado mientras que M. Gigant tuviese á Ursula en su poder y lejos de su hermana.

Por eso, este hombre hábil se felicitaba cada vez más de una precaución que no había tomado sino á todo evento.

No se disimulaba la gravedad de la noticia traída por el coronel, pero nada estaba perdido mientras que hubiese seguridad en la persistencia de M. de Puysaie, y esta persistencia no era dudosa tampoco, en tanto que ese cerebro débil y vacilante tuviera cerca de sí dos consejeros como Nini Moustache y el coronel Fritz.

Esto no era, en suma, más que un descalabro transitorio,

un negocio de tiempo y de paciencia. Una mujer del rango y de la fortuna de madama de Puysaie no desaparece sin dejar huellas; el conde removerá indudablemente cielo y tierra para volverla á encontrar, y los tres asociados se prometían *in petto* hacer por su parte todos sus esfuerzos para que su pesquisa no quedase inútil.

M. Gigant y el coronel iban á discutir los medios conducentes para llegar lo antes posible á este resultado, cuando fueron interrumpidos por el ruido de una disputa en la antesala.

Se hubiese dicho que los empleados se interponían para cerrar el paso á algún visitante indiscreto, y que una voz sobreaguda, una voz de mujer irritada, dominaba el tumulto.

— Os digo, gritaba la voz, que está ahí y que entraré.

Y en efecto, la puerta se abrió de par en par, apareciendo la cara purpúrea de madama Gosse.